

DOMINGO 13 DE JUNIO DE 2010

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

PRIMERA LECTURA

Lectura del libro segundo de Samuel 12,7-10. 13.

En aquellos días, dijo Natán a David:

—Así dice el Señor Dios de Israel:

Yo te ungué rey de Israel, te libré de las manos de Saúl, te entregué la casa de tu Señor, puse sus mujeres en tus brazos, te entregué la casa de Israel y la de Judá, y por si fuera poco pienso darte otro tanto.

¿Por qué has despreciado tú la palabra del Señor, haciendo lo que a él le parece mal? Mataste a espada a Urías el hitita y te quedaste con su mujer. Pues bien, la espada no se apartará nunca de tu casa; por haberme despreciado, quedándote con la mujer de Urías.

David respondió a Natán:

—He pecado contra el Señor.

Y Natán le dijo:

—Pues el Señor perdona tu pecado. No morirás.

PALABRA DE DIOS

SALMO RESPONSORIAL

Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado. R

Dichoso el que está absuelto de su culpa,
a quien le han sepultado su pecado;
dichoso el hombre a quien el Señor
no le apunta el delito. **R**

Había pecado, lo reconocí,
no te encubrí mi delito;
propuse: "Confesaré al Señor mi culpa»,
y tu perdonaste mi culpa y mi pecado. **R**

Tú eres mi refugio: me libras del peligro,
me rodeas de cantos de liberación.
Alegraos, justos, y gozad con el Señor,
aclamadlo, los de corazón sincero. **R**

SEGUNDA LECTURA

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Gálatas 2,16. 19-21.

Hermanos:

Sabemos que el hombre no se justifica por cumplir la ley, sino por creer en Cristo Jesús. Por eso hemos creído en Cristo Jesús para ser justificados por la fe de Cristo y no por cumplir la ley. Porque el hombre no se justifica por cumplir la ley.

Para la ley yo estoy muerto, porque la ley me ha dado muerte; pero así vivo para Dios. Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Y mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí. Yo no anulo la gracia de Dios. Pero si la justificación fuera efecto de la ley, la muerte de Cristo sería inútil.

PALABRA DE DIOS

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 7,36-8,3.

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume, y, colocándose detrás, junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado, se dijo:

—Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que le está tocando y lo que es: una pecadora.

Jesús tomó la palabra y le dijo:

—Simón, tengo algo que decirte.

El respondió:

—Dímelo, maestro.

Jesús le dijo:

—Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amaré más?

Simón contestó:

—Supongo que aquel a quien le perdonó más. Jesús le dijo:

—Has juzgado rectamente.

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón:

—¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella en cambio me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado

de besarme los pies. Tú no me ungió la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo, sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor: pero al que poco se le perdona, poco ama.

Y a ella le dijo:

—Tus pecados están perdonados.

Los demás convidados empezaron a decir entre sí:

—¿Quién es éste, que hasta perdona pecados? Pero Jesús dijo a la mujer:

—Tu fe te ha salvado, vete en paz.

Más tarde iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo predicando la Buena Noticia del Reino de Dios; lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le ayudaban con sus bienes.

PALABRA DEL SEÑOR

COMENTARIO EXTRAIDO DEL SERMON 99 DE SAN AGUSTIN

Habéis visto no con los ojos de la carne, sino con la mente, a Jesucristo el Señor recostado a la mesa en casa del fariseo. Invitado por él no rehusó la invitación. Visteis también que una mujer, muy conocida en la ciudad, con mala fama ciertamente, pecadora, sin estar invitada, se introdujo en el banquete al que asistía su médico, buscando la curación con piadosa desvergüenza. Se introdujo intempestivamente en él, aunque muy oportunamente para su provecho, pues conocía la gravedad de su enfermedad y que se acercaba a quien la podía curar. Se acercó a los pies del Señor, no a la cabeza, y la que durante mucho tiempo había andado extraviada, buscaba las huellas auténticas. Primero derramó lágrimas, sangre de su corazón, y lavó los pies del Señor en señal de arrepentimiento. Los secó con sus cabellos, los besó y los ungió. Hablaba en silencio. No pronunciaba palabra alguna, pero mostraba gran veneración.

Dado que tocó al Señor regando, besando, secando y ungiendo sus pies, el fariseo que había invitado a nuestro Señor Jesucristo y que pertenecía a aquella clase de hombres soberbios de quienes había dicho Isaías: *Que afirman: «huye lejos de mí; no me toques, pues estoy limpio»*, pensó que el Señor ni había conocido a la mujer; pensaba y decía en su interior: *Si éste fuera profeta, sabría qué mujer se le ha acercado a los pies*. Creyó que no la conocía porque no la rechazó, ni le prohibió acercarse, antes bien permitió ser tocado por una pecadora. ¿De qué deducía que Jesús no la había conocido? ¿Qué dirás? ¿Qué iba a pasar en caso de saberlo, ;oh fariseo!, que invitaste al Señor y ahora te burlas de él? Alimentas al Señor y no sabes por quien has de ser alimentado tú. ¿De qué deduces que él no sabía quién era aquella mujer, sino de que toleró que le besara los pies, se los secara y ungiera? Si tal mujer se hubiera acercado a los pies del fariseo, hubiera dicho las palabras que Isaías pone en boca de esa gente: *Apártate, no me toques, que estoy limpio*. No obstante, la impura se acercó al Señor para regresar limpia; se acercó enferma, para volver sana; arrepentida, para convertirse en seguidora de Cristo.

